

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

CARTA A UN MEDICO CATALAN

RECUERDO DE PEDRO PONS Y FARRERAS VALENTÍ

MI admirado doctor Pedro Domingo: Hoy, día 11 de mayo, en que escribo estas líneas, la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid, a través de la autorizada voz del profesor Díaz Rubio, va a dedicar su sesión ordinaria al recuerdo del ilustre miembro que acaba de perder, nuestro tan admirado don Agustín Pedro Pons. Dentro de muy poco, el 17 de este mismo mes, va a cumplirse el tercer aniversario de la muerte de Pedro Farreras, el hombre a quien don Agustín, haciendo balance de su gran obra de maestro, bien hubiera podido llamar, horacianamente, "dimidium animae meae", "mitad de mi alma". Buena ocasión, por tanto, para que yo —un profesor cuyo oficio consiste, entre otras cosas, en contemplar y expresar la dimensión histórica de los médicos que verdaderamente supieron alcanzarla— dirija una carta pública a usted. ¿Por qué precisamente a usted? Por dos razones principales: la primera, que usted ha sido el inmediato sucesor de don Agustín en la Real Academia de Barcelona y es, en consecuencia, la persona que oficialmente mejor representa hoy la medicina catalana; la segunda, no menos importante, que usted acaba de publicar un hermoso e importante libro sobre la vida y la obra de Ramón Turró: "Turró, hombre de ciencia mediterráneo", según reza su título.

Libreme Dios de entrar en la polémica que lleva implícita la disyuntiva "Letamendi o Turró". Ante

todo, porque yo, ante los hombres de verdadero talento, prefiero la adición a la disyuntiva y no quiero moverme en el campo de la "o", sino en el de la "y"; pero también porque Letamendi se vino a especular a Madrid y Turró realizó íntegramente en Barcelona su triple obra de investigador, pensador y maestro, y es de la medicina catalana y barcelonesa de la que yo, como personal homenaje a Pedro Pons y a Farreras Valentí, dos grandes médicos catalanes, quiero hablarle hoy.

Otro gran recordado, el historiador Vicens Vives, habló hace años de una "generación catalana de 1901"; la que, dando actualidad y eficacia al espíritu todavía ochocentista de la Renaixença, supo instalar a Barcelona y Cataluña en el exigente nivel histórico del siglo XX. Pues bien: sin desconocer el gran valor de varios de quienes como médicos pertenecieron a ella —Fargas, Cardenal, Barraquer, Esquerdo—, ¿no es cierto que el casi-médico Ramón Turró, "casi" desde un punto de vista puramente administrativo, debe ser considerado, en el orden del saber médico y biológico, su figura central? Y no sólo por los altos méritos de su labor personal; también, y no en menor medida, por el espíritu de investigación que tan decisivamente contribuyó a inyectar en el cuerpo de la medicina de Cataluña. Ahí están, para demostrarlo de manera evidente, los nombres de Augusto Pi Sunyer, Durán Reynals, González Juan y el de usted

mismo; y para demostrarlo de menos visible modo, pero no de modo menos convincente, la pléyade de los clínicos que por vía directa o indirecta aprendieron de Turró y su escuela esta fundamental lección: que sólo quienes en verdad poseen mentalidad de investigador —sólo, por tanto, quienes saben ver como un "problema nuevo" cada uno de los casos de su práctica hospitalaria o privada—, sólo ellos podrán ser, si uno quiere hablar en serio, buenos médicos.

En los internistas Pedro Pons y en Farreras Valentí creo yo ver, entre los grandes clínicos catalanes muertos, dos genuinos y destacados representantes de ese espíritu turroniano. A través de tantos cambios históricos y tan fascinantes progresos en el arte de curar, ¿sabrán mantenerlo vivo y aun hacerle prosperar, en esa Barcelona, las nuevas generaciones médicas? Con la seguridad de que usted, desde la Academia de Medicina, ha de hacer todo lo posible para que así sea, en una carta a usted, y a la vez que le reitero mi estimación y mi amistad más sinceras, he querido, doctor Domingo, contribuir desde Madrid al público recuerdo de dos médicos que tan altamente han sabido dar prestigio a su ciencia, a su oficio y a su país.

Pedro LAIN ENTRALGO